

permiso que da un célibe en latín que nadie entiende ó un funcionario á quien nada importa, será deshonrada, se convertirá la mujer en ludibrio de cuantos la conocen, y padre, madre, hermanos y amigos la despreciarán como causante de enorme deshonra colectiva; con dicho permiso, pasará de cándida y virginal doncella á casta y respetable matrona, si su marido tiene, por la explotación, la usura ó la renta heredada, una posición *decente*; ¡que si es pobre!

Por otra parte, la instrucción, á pesar de las preocupaciones de la clase burguesa, no equivale á la educación; entre esos dos términos hay la diferencia de una evolución. La educación es un grado normal y permanente de la inteligencia, consecuencia de una formación característica, en tanto que la instrucción es un conjunto de conocimientos más ó menos adaptados, amontonados en una memoria y que sólo tienen una relación indirecta con las otras facultades del individuo.

La joven tomada como tipo en una clase social cualquiera, sólo conocerá el amor por las novelas, si sabe leer, ó por la murmuración; pero ignorará su propio organismo, y en su ignorancia únicamente supersticiones y prejuicios formarán su bagaje intelectual, que es cuanto puede ofrecer á su marido en las horas de reposo, cuando éste quiera descansar de sus fatigas ordinarias; y en el hogar, en vez de aquellas conversaciones dulces y expresivas en que el amor trata de interesar la inteligencia, encontrará siempre indiferencia ó testarudez misoneísta.

Vendrán después los hijos, y esa mujer será su primera maestra, y las primeras impresiones que se gravarán en sus tiernos cerebros serán errores, supersticiones y maldades, siendo su misma madre, que se siente capaz de dar su vida por la felicidad de cada uno de sus hijos, la causa más inmediata y directa en todas y cada una de sus futuras penas. Y así va tirando esta sociedad con rémoras y más rémoras, y la indicada no es de las más flojas, por la vía progresiva, convertida siempre para el progresivo, para el revolucionario, para el precursor, en una especie de *vía crucis*.

Mujeres: una mujer os habla. Ya que tanto os retiene el misticismo cristiano, á él recurro, por esta vez, para sugeriros una lección severa: Jesús, el que perdonó á la adúltera, dirigió un día á su madre esta dura expresión:—¡Mujer! ¿qué hay de común entre tú y yo? mi madre y mis hermanos son los que me siguen. Pues si quieres evitarte ese doloroso bochorno, adelántate á tu hijo, á tu marido, á tu hermano, á tu padre, que van hoy á la libertad, á la igualdad, á la justicia para todos y para todas; instrúyete por amor, y con amor, gratitud y entusiasmo serás recompensada.

E.V.A.

El célebre proceso

«Las penas de unos son alegrías para otros.» El proceso de la huelga acaba de celebrarse al archimorrocotudo Fiscal señor Manuel Vías.

Este caballero en sus conclusiones provisionales es tan modesto como humano, y pide para algunos de los compañeros que en la cárcel gimen hasta catorce años de prisión.

Lo dicho, en Cuba hay quienes se empeñan en representar una comedia análoga á la que tuvo efecto en las mazmorras de Montjuich.

El 30 del pasado mes fueron puestos en libertad provisional, con obligación de presentarse cada ocho días ante la Sala 1ª de lo Criminal, el compañero Arturo Juvant y el señor Luis Karakadze.

También fueron puestos en libertad bajo fianza los señores Agustín Cervantes y Pedro H. Sotolongo, así como nuestro compañero Manuel Martínez Abello.

Por falta de espacio nos concretamos hoy á esta simple nota.

La acción política es corruptora

Al ver, en proximidad de las elecciones, que algunos elementos obreros—por fortuna poco numerosos—empezaban á agitarse con fines ambiciosos, no pudimos resistir de indicar al pueblo ó á la clase obrera, á la cual de manera especial se dirige esta publicación, que no se dejase llevar por derroteros equivocados. Esto no debía agradar á los redactores del periódico *¡Alerta!* y tampoco al *Memorándum Tipográfico*. El primero, vulgarmente, con lenguaje de prostituta, se dirige á nosotros, sin discutir nuestros argumentos, pretendiendo insinuar que somos españoles, contrarios á Cuba, vendidos á los burgueses españoles aquí residentes; el segundo, desde su punto de vista, ha tratado el tema con más altura.

Con *¡Alerta!* no seguiríamos la polémica. Los honores que prodiga la prensa burguesa á la Liga, de la cual es órgano dicho periódico, nos haría despreciarlo; la propaganda política de algunos de sus redactores, en unión de uno de los partidos burgueses aquí constituidos, sería suficiente para que comprendiéramos que bajo el manto del obrero tenemos á unos satélites de la burguesía. Acaso dejaríamos también de ocuparnos de lo que el *Memorándum Tipográfico* dice; pero el tema es muy interesante y de actualidad entre nosotros.

Para examinar si una cosa cualquiera es buena ó mala, justa ó injusta, provechosa ó no, hay dos métodos: la deducción lógica y la experiencia. Por la deducción lógica nosotros observamos las causas y deducimos los efectos; por la experiencia sabemos lo que ha sucedido en casos parecidos, análogos. Estos dos métodos de observación de los fenómenos sociales, si sabemos aplicarlos, nos demostrarán, en el caso especial que tratamos, la verdad.

Los obreros los forman una clase social que tiene en su más alta finalidad idénticos intereses; estos intereses ó derechos pueden condensarse en dos: el derecho á la vida y el derecho á la libertad verdadera, que es el derecho de autonomía personal. La sociedad presente niega y conculca estos dos sagradísimos derechos. La sociedad presente, por consiguiente, se mueve en una esfera aparte, distinta, contraria á los intereses de los trabajadores.

Toda acción política positiva no puede servir sino para reforzar las instituciones. El absurdo más grande es suponer que por medio de una ley, por ejemplo, se pueda llegar á la abolición de la propiedad privada y del Estado, porque en este caso la ley serviría para transformar la sociedad, ó sea para negarse á sí misma, pues la ley siempre tiene por efecto una coacción y por tanto necesita la acción del Estado, y sirve para mantener un privilegio, primero entre todos: la propiedad privada.

Todos los tratadistas de Derecho Político afirman que la ley tiene su razón de ser en las costumbres, en los usos, en los hábitos, en las creencias del tiempo en que se dicta; ahora, suponer que los obreros, dictando leyes, pueden beneficiar á su clase, es suponer que dentro del privilegio que representa la propiedad capitalista pueda un desheredado encontrar fortuna, es suponer que estamos satisfechos y contentos de que una minoría de hombres de dinero tenga todos los derechos, mientras que nosotros tengamos uno de estos dos deberes: ó morir de hambre ó envejecer trabajando siempre para aumentar el capital de aquella minoría.

Si esto admiten los redactores de *¡Alerta!* y del *Memorándum*, que le haga buen provecho su esclavitud económica.

No; el trabajador, al redactar una ley, no puede hacerlo para bien de su clase, pues la naturaleza misma de los poderes públicos no puede serle sino contraria.

La prueba de lo exacto de nuestros razonamientos nos la dan los hechos. Muchos partidos obreros han ido á las urnas y hasta han tenido sus miembros en el Gobierno;

¿qué han hecho? En Francia han tenido dos ministros; pues bien, durante el tiempo que éstos gobernaron, los mismísimos, las mismas penas sufrieron los obreros. Aquellos dos ministros vieron morir obreros sin trabajo en las calles de París; vieron que muchos niños se morían de hambre en las casas húmedas. ¿Qué hicieron? ¿Qué hicieron? ¡Bañquelcar, ir á todos los festines, á todas las comilonas diplomáticas, sentir todos los placeres, gozar de su posición de ministros. El proletariado francés que los elevó á aquellos cargos siguió sudando sangre en las fábricas y en los talleres.

¿Cuántos ejemplos de engaños políticos podríamos traer á estas columnas, ¿es acaso necesario? ¿No saben los bajadores de Cuba que todos los partidos políticos se dirigen á los obreros en tiempo de elecciones y después más nunca se acuerdan de ellos? En la misma Liga General de Trabajadores, ¿no hay un diputado obrero, no hay excompañeros de trabajo que han sido empleados porque hacen propaganda a favor de un partido político burgués? ¿qué mismo la acción corruptora de la política va haciendo estragos entre algunos, qué no se por ella, se hubiesen mantenido mirados.

Por estas y por muchas otras razones somos contrarios á la acción política en un sentido positivo. Mientras tanto, la infamia mantiene la sociedad presente, hace pensar únicamente en destruir esta infamia. O se piensa así ó se traiciona á los obreros. Este es un axioma. Lo hemos visto mil veces; seguir creyendo en la bondad de la política de gobierno es llamarse á tonto.

Si hay obreros que quieren escapar, como en una Bolsa, que especulen bien para ellos, que la fortuna los favorezca. Pero la masa, la gran masa honrada de entenderlo, entenderlo de una vez, que le prometen el mayor de los bienes por medio de las urnas, que le hablan del derecho de los ciudadanos, etc., desean solamente el bien propio y ellos solos quieren los ciudadanos, y por añadidura ciudadanos bien alimentados. La salvación obrera, ó mejor dicho, la salvación humana está en otro procedimiento: en el que nos da derecho á seguir la infamia secular de los ricos y de los poderosos.

Sin epígrafe

En su último número, y con el título que encabeza estas líneas, publica el *Boletín Obrero*, de Tampa, el siguiente artículo, el cual reproducimos por creerlo de actualidad en los presentes momentos:

En el número cuarenta y uno de *¡Alerta!* hemos tenido el gusto de ver reproducido un artículo, titulado *Tontería ó mala fe*, dedicado á comentar la conducta de ciertos obreros de Cárdenas que por la prensa se propusieron combatir la proposición de huelga general hecha por los dignos trabajadores de Batabanó, á fin de liberar á los compañeros que se hallan haciendo prisión, no porque sean autores de algún delito, sino porque las autoridades, después de haberse dado un descanso, se pusieron de relieve su cobardía escondiéndose cada uno en el más oscuro rincón de su respectiva oficina, quieren hacer una hombrada para demostrar al mundo en general y á sus *flaqueas* en particular, que en Cuba hay un gobierno fuerte, que es capaz de castigar con mano dura á los desdichados que se atreven á alterar el reposo y la sosegada digestión de las compañías extranjeras; un gobierno *enérgico* que tiene la suficiente entereza para maltratar á los débiles, y la medrosa debilidad de mostrarse sumiso en presencia de cualquier gerente de esos *trusts* que han tomado la isla por asalto, para despojarla de toda su riqueza y dejar á los cubanos como dicen que quedó el gallo de Morón.

El colega está en lo cierto en la interpretación que ha dado á nuestro pequeño escrito. Hemos visto en la proposición de los obreros de Batabanó toda la abnegación y toda la grandeza del altruismo solidario que debe predominar en el corazón de las colectividades obreras.

En esa proposición palpita y resalta la sublime idea de que hay que acudir en auxilio del compañero que sufre persecución injusta, del amigo que exhala ayes de dolor á consecuencia del bár-

baro tormento que le aplica el implacable enemigo; y no seríamos obreros, y no seríamos hombres de conciencia recta, si no aplaudieramos desde el fondo del alma el espíritu sustancial de esa hermosa tendencia, que eleva el nivel moral de aquellos trabajadores algunos codos por encima de los convencionalismos raquíticos de particulares y egoístas intereses.

La huelga podrá llevarse á cabo ó no. Podrá hacerse ó no hacerse, según el estado de la conciencia popular; según la consistencia de las organizaciones obreras; según convenga ó no convenga por el momento á los intereses de los trabajadores cubanos; pero lo que no puede negarse, lo que está fuera de los límites de la duda, es, que si la clase trabajadora quiere que se la respete, tiene que hacerse respetar por la fuerza aplastante de su número y por la enérgica trascendencia de sus resoluciones.

Las clases explotadoras no temen ni respetan al pueblo sino cuando éste se levanta imponente y agresivo. Se rien de todos los movimientos de carácter legal y de las huelgas insolidarias, porque saben que unos y otras llevan en sí mismos los gérmenes de las derrotas.

Hay, pues, que tender á la generalización de las huelgas, si se quiere que la burguesía cambie la risa por el llanto, si se desea que el pueblo trabajador sea respetado en el ejercicio de sus derechos de clase, para que desligado de toda mezcla perniciosa y libre de toda cortapisa, pueda laborar en el sentido de su anunciada legítima emancipación.

Pero esas huelgas dilatadas deben ser conscientes (valga la frase), deben ser realizadas cuando el pueblo sepa lo que quiere y á donde va; y en el fondo, deben tener carácter agresivo, pues únicamente así se podrá obtener de ellas el provecho á que se aspire.

Un movimiento de carácter totalmente pacífico, no preocupa á los poderes públicos ni á los capitalistas; porque, ó se desvanece como el humo antes de las setenta y dos horas, ó será deshecho por las fuerzas del gobierno para restablecer la normalidad á toletazos, á tiros y á sablazos. Y un gobierno que no haga esto, no será tal gobierno.

Así, pues, en toda paralización de carácter general, hay que tener muy en cuenta que, si ella no se deshace de *motu proprio*, los que la mantengan serán agredidos brutalmente por los genzaros encargados de mantener el orden público y el principio de autoridad. Si al ser atacado, el pueblo se halla cándidamente desprevenido, los esbirros lo destrozarán impunemente y á mansalva. Pero si por el contrario ha ido á la lucha dispuesto á repeler la agresión con la agresión, la fuerza con la fuerza; si á ello se le incita y se le provoca, hará sentir su justificado furor causando estragos en las filas de la mercenaria soldadesca y graves daños á la explotadora burguesía; y entonces la lección será provechosa aunque la huelga se pierda, puesto que el enemigo recordará con terror la fecha de esa jornada y lo pensará mucho antes de provocar otra semejante.

..

Cuanto á la pregunta que se nos dirige respecto á si *El Reconcentrado* habrá comido merengue, sólo diremos que nos admira la extrañeza de ¡TIERRA!

¿No es *El Reconcentrado* un periódico político? ¿Qué tiene de particular su volubilidad en los asuntos obreros?

Puede ser que no lo haya comido todavía, pero seguramente lo comerá.

Los libelistas políticos, llámanse Desmolins, Girardin, González Bravo, Rivero ó Reyneri, todos son cortados con una misma tijera, aunque cada tira salga de diferente tamaño.

Los unos gritan abuecando la voz, hasta que logran que se les entregue el timón de la rica nave del Estado; otros chillan desaforadamente hasta que logran una canonjía en alguna gran empresa ó algún departamento de la República; y los otros, más modestos, alborotan sin descansar hasta que sus congéneres de alto rango les ofrecen un puzuelo de chocolate ó un platito de merengue.

Después de conseguido el objeto presupuestivo-estomacal, «si te he visto no me acuerdo» y si me apuran te pego.

M. F.

Los comentarios que los haga *El Reconcentrado*.

Correspondencia administrativa

Santiago de Cuba. José M. González. Recibí \$4 oro americano. Aumento paquete.

—Cruces. M. P. Recibí \$5 oro americano. Gira á Administrador de ¡TIERRA!

Convicciones y no fanatismo

Sostenemos una enérgica y razonada campaña contra el actual estado de cosas, y muy especialmente contra las causas originarias de estado tan caótico como antihumano. Impelidos por una necesidad real y positiva nos esforzamos en investigar, desapasionada y lógicamente, el por qué de la anormalidad imperante, y llegamos á persuadirnos de que ésta obedece á la desigualdad social y económica, creada y sostenida por el sentimiento egoísta y vanidoso que caracteriza á la presente sociedad. Y conociendo el mal que nos aniquila, es natural que busquemos el remedio indispensable y tratemos de darle su justa aplicación.

No somos fanáticos, pues no defendemos opiniones erradas ni nos caracteriza el furor ó las preocupaciones ilógicas del fanático; y si en los actos de nuestra vida se apercibe la tenacidad para la lucha, hay que tener en cuenta que esta tenacidad se manifiesta en la investigación de la verdad, en la propalación del bien, del amor, y en la proclamación de la libertad é igualdad para la humana especie.

Perseguimos el convencimiento; y cuando se manifiesta en nuestro entendimiento ese efecto que produce y determina la comprobación evidente de la verdad, nos sentimos más fuertes, más capaces para bregar sin tregua ni descanso hasta sepultar entre sus propias ruinas, de una vez y para siempre, al encumbrado é infecto principio de autoridad que nos corroe.

Somos combatidos por aquellos que no han llegado á compenetrarse de la razón que tenemos al afirmar que es necesario é indispensable la total transformación del orden social, el advenimiento de la sociedad apetecida, en la que no existirán las supremacías de unos hombres sobre otros.

También nos combaten incesantemente los que se esfuerzan en sostener todo cuanto signifique farsa, poder ó fraude.

Algunos nos llaman decididos partidarios de la evasión, y nos califican de locos y criminales, nos niegan capacidad y autoridad suficientes para señalarles sus porquerías y miserias, usan para con nosotros un lenguaje soez, digno de los que lo emplean.

Nuestra propaganda en pro de la completa emancipación del proletariado hace muy mal efecto á toda esa caterva de aspirantes á vivir á costa del trabajador. Esa falange de embaucadores que, conociendo que nos asiste la razón, se empeñan en negarla y en conducir al pueblo por la senda del vicio y la corrupción, á fin de perpetuar nuestra esclavitud y mantener su *modus vivendi*, se convierten en delatores de intenciones y complots que sólo radican en sus perturbados cerebros y que con siniestro propósito atribuyen á los amantes de la verdadera libertad.

Combatimos con honradez, exponemos razones, y nos responden con el dictorio; tratan de flagelarnos con la calumnia, y sólo logran emporcarse con su propia baba aquellos que nos llaman incultos y perniciosos.

Los ministeriales son los que con más encarnizamiento nos atacan: todo lo mixtifican, dan torcidas interpretaciones á nuestras manifestaciones más claras y simples, todo lo falsean, la adulteración les apasiona y les promete un porvenir gubernativo. Nada les importa á esos pseudo-defensores del obrero falsear la verdad, mixtificar los hechos y alterar las más insignificantes palabras pronunciadas por sus víctimas; se esfuerzan en conducir al pueblo por el tortuoso camino que marca el comercio llamado política, y esto lo hacen con el sano propósito de recoger el fruto de su trabajo honroso.

Nosotros aceptamos la polémica, oral ó escrita, pero la polémica honrada; aceptamos la exposición de ideas, con objeto de oponer las unas á las otras y hacer que brote de la discusión la luz de la verdad.

Lo que no aceptamos ni aceptaremos nunca es la contienda brutal y oprobiosa, esa

contienda que sólo sirve para envilecer á los contendientes y atrofiar el buen sentido de las masas.

Por deber, por convicción, nos vemos precisados á llamar las cosas por su nombre é impugnar todo cuanto en nuestro entender creamos que pueda dificultar el adelanto del desheredado. Combatimos y combatiremos, por inmoral, injusto y perjudicial, todo cuanto represente ó sea opresión, tiranía, ficción ó farsa.

Estamos convencidos de que el ideal que sustentamos es justo, humano y realizable; queremos la dignificación del oprimido, pero no la subyugación del opresor. Combatimos las causas, y procuramos su destrucción para que no se manifiesten sus efectos. No sería justo el aspirar á una sociedad de miserables hambrientos; por eso queremos que el esclavo se emancipe, que disfrute de las comodidades que el avance progresivo de la humanidad proporciona y proporcionará al hombre. En pocas palabras: queremos que desaparezca la propiedad individual y el principio de autoridad, pues estamos persuadidos de que mientras ambas cosas subsistan habrá ricos y pobres, esclavos y esclavistas. Queremos una sociedad de hombres libres, en la que no se conozca la miseria, en la que la igualdad económica-social determine la relativa felicidad de los humanos. Somos convencidos y no fanáticos.

ARTURO JUVANET.

Un rico pobre

Hubo un hombre, que habiéndose acostado, no pudo dormir en toda la noche.

Pensaba:

—¿Por qué la vida es tan penosa para los pobres? ¿Y por qué los ricos acumulan tanto dinero? Tienen cajas llenas de oro, y sin embargo, privan de todo para seguir amontonando. Si yo fuera rico no viviría de igual modo: daríame buena vida, y procurar que no fuese peor la de los demás.

De pronto oyó una voz que le decía:

—¿Quieres ser rico? He aquí una bolsa; no hay en ella más que un escudo, pero en cuanto le saques, otro le reemplazará. Saca todos los escudos que quieras, y en seguida echa la bolsa al río. Mas antes de echar al río la bolsa no gastes ninguno de los escudos, porque el resto se te volverán piedras.

El pobre hombre estaba loco de alegría. Cuando se sintió algo más tranquilo, cuidóse del regalo.

Y apenas había sacado un escudo cuando en el fondo de la bolsa vió que surgía otro.

—¡La felicidad es mía! —murmuró.— Toda la noche pasaré sacando escudos y mañana seré rico. Mañana echaré la bolsa al agua y desde entonces viviré cómodamente.

Pero llegada la mañana, cambió de parecer.

—Si quiero tener doble que esto—se dijo,—con estar un día más ante mi bolsa lo tendré.

Y también pasó aquel día extrayendo escudos. Al siguiente, más, al otro más. No podía decidirse á dejar la bolsa.

En esto sintió hambre, y entonces recordó que sólo disponía de algún que otro pedazo de pan negro.

Ir á comprar otra cosa era imposible, porque en el momento su dinero convertíase en piedras. Hubiera querido comer, pero de ningún modo separarse de su bolsa. Comió, pues; el desgaciado, de aquel pan negro duro; luego continuó sacando oro.

Ni aun por las noches descansaba.

Pasó de esta manera una semana, un mes, un año.

¿Quién se hubiera contentado teniendo cierta cantidad? ¿Todo el mundo quiere acumular lo más que pueda!

El hombre aquel hace una vida de mendigo, ha olvidado que deseó vivir para su placer y el de sus semejantes.

De vez en cuando toma una gran resolu-

ción: aproximase al río para arrojar la bolsa al agua; pero se arrepiente y se retira al punto. Hoy está viejo, amarillento como su oro, mas no puede cesar en su tarea.

Y así muere, pobre, sentado sobre un banco y con la bolsa entre las manos.

LEÓN TOLSTOY.

Colonia Barataria

Sugíreme a la idea estas palabras: que el hombre obra á impulso de la necesidad ó de las circunstancias; y pruébanlo, con hechos palmarios, todos los acontecimientos que se suceden en los distintos órdenes de la vida y la sociedad.

Uno que come, como ya ha satisfecho su estómago, cree que todos han hecho lo mismo y que esta necesidad no la siente ya ningún otro ser; si tiene desnudez y ha logrado hacerse de trajes con que abrigarse, cree que á todos sucede otro tanto, que puede cubrir las necesidades más perentorias y que le puede quedar un sobrante que le permita gastar algún lujo superfluo, creyendo hasta cierto punto que el que tal no hace es un ser inferior, y así sucesivamente, dado que la generalidad humana vive, en su inmensa mayoría, en un sentir y pensar muy liviano, sin profundizar las cosas y su valor, ni de las circunstancias que puedan concurrir en aquel ser que se moteja, y hasta tal vez se crea que es despreciable, sea un ser de valor superior por su inteligencia ó instrucción, por su iniciativa y discernimiento, en cuyo cerebro se encierran pasiones ó talentos muy útiles, no sólo para la sociedad en que vive, sino también para la humanidad en general.

Recuérdame el epígrafe que lleva estas líneas al compañero Sandalio Romaelle, incansable propagandista del socialismo científico, cuando en su cerebro forjó la idea de crear una colonia en la que desterraba el uso de la moneda y establecía el libre cambio, donde todos trabajaran y gozaran de los mismos derechos porque todos cumplirían sus deberes, buscando por este medio matar la ambición del poder y de la acumulación en determinadas manos de los productos colectivos en que habían todos contribuido á su producción y desde luego debe de tenerse derecho á su usufructo con la equidad que determina la justicia en las cosas cuando todos colectivamente han contribuido á la realización de una obra.

¡Oh, sagrado pensamiento! ¡Si algún día se realizara, cuán feliz sería la humanidad! Comparando el pensamiento del compañero y amigo (este trabajo sólo tiene por objeto el dedicarle este recuerdo como digna compensación á su firmeza), comparando la liviandad de muchos y la injusticia de la sociedad presente en sus disquisiciones políticas y gubernamentales, en que, erigidos en señores por la voluntad del pueblo, le agotan, lo desprecian, no teniendo en poco ni en mucho sus tristezas, sus angustias, sus necesidades; en fin, teniendo que revelarse como leve gemido que lacera su alma.

¡Oh, santa justicia, qué distante estás!

F. AGUILAR.

Hambre y fango

I

En un paseo, parque público de la H..., sentada en uno de los bancos que para comodidad del transeúnte se han colocado acá y allá, bajo los árboles, estaba la baronesa de R..., esposa del opulento banquero Solano, entretenida con la punta de la sombrilla en trazar sobre la arena, á sus pies, la palabra «Love».

No á gran distancia, un niño como de unos seis ó siete años jugaba con un perrito, al cual quería obligar á que comiera unas almendras azucaradas que iba sacando del bolsillo de su marinera y llevándolas á los hocicos del perro.

Seguramente que ya el niño estaba harto de aquellos dulces y el perro también estaría harto de la abundante ración que recibiría antes de salir de casa, y por estas razones aquellas golosinas viajaban del bolsillo al hocico y de allí al suelo.

Este niño era hijo de la baronesa. Madre é hijo vestían á la altura descompasada de la estricta moda; pudierón afirmar, sin equivocarnos gran cosa, que aquella indumentaria elegante y costosa que les adornaba su exterior representaba un valor de más de \$2,000, pues sólo los brillantes que portaba en sus dedos, la mamá, debieran costar unos \$1,500.

El banquero, su esposo, paseábase allí cerca con un alto personaje de la política y empleado en el Gobierno: ambos demostraban gran interés en el asunto que trataban.

Una mujer pobre, muy pobre según su apariencia, delgada y pálida, demostrando la anemia que la consumía, de ojos humanos y rostro interesante de joven, roto su destefado vestido, semicalzados sus pies pequeños, embutidos dentro de unos viejos chanclos que debió recoger en algún basurero, deteniéndose á cada paso, y llevando de la mano á un niño de unos cuatro ó cinco años, anémico también por la falta de nutrición, envuelto entre harapos que no se demuestran ya, si fueran traje en algún tiempo ó si deshechos de algún fergón, descalzo, descubierta la cabeza, que aunque diminuta va pesada sobre los enjutos hombros.

Acercándose á la elegante dama, «señora, le dice, ¡por Dios una limosna, hace dos días que no comemos bocado alguno este hijo de mi alma ni yo!» Esto dicho con voz humilde, débil y cansada que termina en un sollozo, y una lágrima rueda de sus ojos por la mejilla.

El niño de la infeliz pobre mujer, impulsado por el hambre desesperante que sufre, se lanza sobre algunas almendras de las que despreciadas por el perro ve sobre la arena.

«¡Atrevido! grita la baronesa, ¿cómo, ¡ladrón!, cojes esas almendras que son del niño para jugar con Jack? ¡suéltalas!»

«René, mi vida, no vayas á cojer en tus manos esas almendras, después que las ha manoseado ese asqueroso».

«¿Qué sucede Loló, qué te pasa hija? Dice el banquero que llega con su amigo precipitadamente por la voz alterada de la dama.

«¡Ay, Solano! ¡ay, señor de mí! no salgo más de casa si así se me ha de abandonar á merced de cualquier vagabundo; sola y exponiendo mi hijo á contagiarse con las enfermedades que traen consigo estos muchachos sucios y asquerosos. Mira, ahora si no estoy al tanto, tal vez el niño hubiera cogido y quizás llevado á la boca, como inocente que es, esas almendras que el pillete ese le ha casi arrebatado de las manos.

«¿Cómo! ¿Se ha atrevido el insolente estropafago á saltar á nuestro hijo? Mañana he de pedir al Presidente que haga pasar un decreto prohibiendo la entrada en los lugares públicos á todo individuo que no esté aseado ó que sea sospechoso y que ofenda á la moral.

«Tiene usted razón señor Solano; y yo lo he de apoyar á usted, porque he presenciado lo inicuo que acaba de acontecer; el mal rato que ha sufrido su señora, y esto no debe, no puede tolerarse.

«¿Y cree usted, señor de M., que el Presidente y el Ejecutivo tomen esto en consideración?

«Si que lo tomará, dice el banquero, anticipándose al señor M. Y más ahora que la oportunidad se me brinda para tratar el asunto mañana mismo que voy á ver al Presidente, porque hemos quedado mi amigo el señor Secretario y yo en que por \$10,000 se me concedería la autorización para plantar la electricidad por todas las calles de la ciudad. Pero te encargo la reserva de esto, porque no conviene se divulgue.

«Hombre, se acerca un guardia. ¡Oiga, guardia! ¿cómo permiten ustedes esta mujer andrajosa y ese ladrón de chiquelo que viene con ella, andar por aquí confundiendo con

las personas decentes y molestándonos con sus atrevimientos?

El policía, gorra en mano, antes de abrir el pico, ofrece mil excusas al grupo de afortunados, mirando con insolente desprecio al otro grupo de desafortunados, y dice que varias veces ha requerido á esa gente que pedía limosna por allí, pero que ahora, ya cansado, las haría salir á puntapiés. Coje del brazo á la desventurada pordiosera y tirando de ella como pudiera hacerlo con un saco de basuras: «Vaya usted pa fuera, ya le he dicho que se alargue á otro lao, jaragana, con tanta ropa que hay po ai que lavar y pidiendo, y otras cosas más que se puen hacer».

Cruel, cobarde y miserable es el atropello del fuerte contra el débil, pero más que eso aun, ruin, bajo é ineficaz es ese acto ejercido por la autoridad que se dice que es la representación del pueblo.

El policía á empujones, hace salir de aquel lugar á la infeliz mujer, lanzándola fuera del parque, y como viera que el pobrecito niño no anduviese de prisa á salir tras la madre, por doerle al pisar las piedras del suelo sus descalsos y lastimados piecitos, le empuja también: «anda, te haces el cojo, canallita,» le dice.

Desgraciadamente el niño flaquea y el impulso brusco del empujón lo hace caer sobre las lozas del sardinel, recibiendo un tremendo golpe que le hiere la cabeza, saliéndole á borbotones la poca sangre que guardan sus venas.

J. G. ELÍAS.

(Continuará.)

Desde Cruces

Compañeros de ¡TIERRA!

Salud.

Sírvanse darle publicidad á la carta que le he mandado al periódico ¡Alerta!, ó mejor dicho, adormidera ó engañador de los trabajadores. Os desea salud y Revolución Social.

MATÍAS PALENQUE.

Señor director del periódico ¡Alerta!

Cuando los compañeros González y García regresaron de la Habana, me habló este último diciéndome que al preguntarle los del periódico ¡Alerta! á quién podrían dirigir el citado periódico, me nombró á mí. Yo, que siempre estoy dispuesto á hacer toda clase de sacrificios por la causa obrera, no puse objeción y acepté, creyendo se trataba de un adalid de la verdadera causa obrera. El primer número no estaba del todo malo, y yo hablé á varios para ver si se suscribían; dos me dieron palabra y les llevé el número pasado, mas al llevarles el último que llegó, no sólo no lo quisieron recibir y me devolvieron el anterior, sino que me dijeron que no les hablara más de papeles de esa índole; que cuando querían leer periódicos políticos, ahí tenían *La Lucha* y otros que eran más sinceros, puesto que claramente les decían que ellos sólo bregaban por satisfacer las exigencias de sus propios estómagos, pero nunca, á título de obreros, buscar taimadamente escalera para trepar á donde se puedan satisfacer también las exigencias de sus estómagos que no pueden obtener con el trabajo, que es penoso, y para ellos, haraganes de profesión, mucho menos.

Y yo digo que no es honrado el que se expresa como el autor del artículo del periódico, que es un miserable que está ejecutando una obra suicida y fratricida dentro del campo obrero. Nosotros no podemos esperar nada de la política, porque ya sabemos lo que da: miserias, podredumbre y crímenes; los trabajadores lo palpamos así diariamente.

El citado escritor debe ser algún esbirro de don Tomás, como ayer lo habrá sido de don Valeriano, pues de los servidores de éste se rodea aquél, y ya palpamos la grandiosa obra de miseria y tiranía á que nos lleva, como lo hubiera hecho el anterior; y digo que debe ser algún esbirro de don Tomás, porque la denuncia políctica que hace sólo un taimado servidor de esa clase es capaz de realizar.

Termino ésta lamentando sobremanera que los que se dicen trabajadores sean los asesinos de sus propios hermanos, rogándole, señor director, no me mande más periódicos porque nadie los quiere en ese sentido, aquí no cuele.

Su afftmo.,

MATÍAS PALENQUE.

Cruces, 27 de Abril de 1903.

Imp. LA NACIONAL, Mercaderes 14.
Fábrica de SELLOS DE GOMA.